

TRAVESÍA INTERRUMPIDA

La cabeza del hombre dio violentas sacudidas. Un fuerte golpe acompañó al movimiento y sus ojos se abrieron con dificultad, deslumbrados por una intensa claridad. Un quejido escapó con dificultad de su garganta reseca. El hombre intentó moverse, pero tenía el cuerpo sujeto. Al principio pensó que debía estar tumbado en una camilla, pero conforme recuperaba los sentidos percibió que se encontraba en vertical.

—¿Pero qué...?

Intentó mover los hombros, pero algo le sujetaba con firmeza por la espalda. El hombre decidió dejar el movimiento para más tarde y se centró en el entorno que se empezaba a dibujar con nitidez. Ahogó un grito de desconcierto. Frente a su rostro, a escasos centímetros, un grueso cristal arañado le separaba del resto de la estancia. Deslizó con frenesí los ojos por su alrededor y descubrió que se hallaba en el interior de una especie de tubo con refuerzos metálicos que se cruzaban en secciones. En el cristal, pequeñas porciones de formas geométricas fulgían con luz propia, cada una de diferente color. El hombre intentó fijar la vista en la más cercana —un rectángulo a la altura del pecho—, pero la desorientación que aún sufría le impidió comprender nada. A lo pocos segundos, un primer destello de lucidez alumbró su embotada mente.

—Al revés... Están al revés para que se lean desde fuera —razonó el hombre.

El hombre acompasó el ritmo de hinchado de sus pulmones; la desorientación inicial estaba pasando. Era normal que estuviese metido en un tubo. No sabía por qué, pero era normal.

—No hay sirenas, ni luces rojas. Estoy bien... Todo va bien...

El hombre miró alrededor. Se encontraba en una sala circular repleta de tubos como el que le tenía preso. Dentro, figuras difusas creaban sombras cambiantes. Sin

duda, más tripulantes —lo sabía; tripulantes de una nave espacial— como él que estaban despertando. Animación suspendida. Todo volvía a su mente con lentitud, como si una perezosa marea estuviese devolviéndole los recuerdos poco a poco.

—Entonces, dentro de poco deberíamos...

La frase se interrumpió de golpe. Con un fuerte siseo, todos los tubos se abrieron hacia el techo y los ocupantes quedaron liberados de los cierres de la espalda. La sala circular se llenó de golpes, maldiciones ahogadas y suspiros entrecortados.

—Podrían avisar...

—¡Mi nariz!

—¿Alguien se ha recuperado del todo?

Seis figuras enfundadas en lo que parecían pijamas asépticos se alzaron del suelo de rejilla que cubría la estancia circular.

—¿Qué demonios...?

Siete cuerpos sin vida quedaron tumbados de cualquier manera, algunos con extremidades en posiciones imposibles.

Los tripulantes comenzaron a gritar asustados por la visión de los que debían de ser sus compañeros tirados en el suelo. Algunos sollozaron, otros miraban alrededor como si se encontrasen en un sueño y algunos, evitando aceptar la muerte que les rodeaba, cambiaban impresiones.

—Ya podrían poner nuestros nombres en estos ridículos pijamas...

—A mí estos cacharros siempre me han dado repelús.

—Creo que se supone que tendría que haber alguien para ayudarnos a despertar.

—En serio, en estos malditos pijamas deberían estar nuestros nombres. ¿Dónde demonios están?

Mientras, el hombre que despertó primero intentaba recuperar todos los recuerdos de su vida, al tiempo que buscaba una explicación para que la mitad de las personas que

habían despertado estuviesen muertas. Entonces lo recordó.

—¡Sirio!

Los supervivientes cesaron la algarabía y dedicaron al hombre una retalía de ceños fruncidos.

—Sirio —repitió con calma—. Nos dirigíamos a Sirio.

—Sirio... —repitió en un susurro una voz.

—Es verdad, Sirio. Debemos estar llegando. La... la nave nos tenía que...

—Pero... ¿Por qué ellos están muertos?

—¿Alguien recuerda que seamos la tripulación técnica?

—Creo que un relevo...

—Somos los primeros colonos, ¿no? ¿Voluntarios para un viaje sin retorno? ¿No os suena?

Las voces de los seis tripulantes volvieron a mezclarse. Todos parecían ir recuperando fragmentos de sus vidas a la luz de las informaciones que salpicaban la errática conversación.

—¡Esperad! —gritó el hombre—. Hay una forma más sencilla de averiguar lo que no recordamos. El...

—¡Puede! —exclamó un tripulante de cuerpo pequeño—. En el puente están los datos. Sé cómo abrir los ficheros... y... ¡Anda! —exclamó al tiempo que se palmeaba la frente—. ¡Pero si soy piloto!

Varios compañeros escrutaron el rostro del pequeño astronauta que decía ser piloto, y poco a poco las cabezas comenzaron a asentir en silencio. Casi al mismo tiempo, nuevas exclamaciones resonaron en la sala circular. Poco a poco, todos los supervivientes fueron recordando sus funciones dentro de la nave, excepto el hombre que se golpeó la cabeza con el tubo al despertar, que seguía sin saber quién o qué era. Al final, exclamó.

—¡Bueno, muy bien! Es excelente que vayamos sabiendo quienes somos, pero lo fundamental es saber qué ha pasado con los que no han despertado y dónde estamos, ¿no os parece?

—Claro... —asintió enseguida el tripulante que se había erigido como navegante y que tenía la nariz rota por la caída del tubo— ¿Capitán?

—¿Yo? —preguntó extrañado el hombre al ver que el tipo le miraba con fijeza—. Capitán... —murmuró—. Sí, puede ser...

—Lo es. Lo recuerdo —aseguró el tripulante encargado del soporte vital, alto y delgado como un junco.

—Muy bien —asintió el capitán con naturalidad, asumiendo sin problemas el rol de líder—. Pues entonces no tenemos tiempo que perder. Vamos al puente a por toda la información que podamos. Necesitamos saber qué ha fallado. Has dicho soporte vital, ¿no? —añadió señalando al tripulante alto y delgado—. ¿Alguna idea?

—Apenas recuerdo mi nombre, señor, así que no, señor. Lo siento, señor. Necesito más datos, señor.

—Vamos a por ellos pues. Y ya que no recordamos nuestros nombres reales, llamémonos por nuestros cargos para no liarnos.

Capitán se encaminó con paso decidido hacia la salida, confiando cada vez más en sus recuerdos y en el puesto que tenía entre los tripulantes de aquella nave interestelar concebida —ahora lo sabía— para descubrir planetas habitables. Se plantó frente a la puerta con pose firme, tecleó un código que no sabía que recordaba en un panel disimulado y un torrente de intensa luz dorada con tonos verdes bañó su cuerpo. Capitán retrocedió protegiéndose los ojos con los brazos, tropezó con uno de los cadáveres y cayó al suelo. De su alrededor, quejidos, nuevas maldiciones y suspiros de asombro. Capitán luchó contra el resplandor y abrió los ojos. Entonces, la seguridad que le había ido invadiendo con cada nuevo latido de su corazón se esfumó de golpe.

—¿Qué coj...?

—¡Cristo en la cruz! —exclamó Navegante con sangre reseca de la nariz.

—¿Alucino? —preguntó otro en un hilo de voz.

—Vaya, así que todavía estoy durmiendo —comentó Piloto con naturalidad.

Como si de la puerta mágica de un libro de fantasía se tratase, el umbral que se abrió ante los seis supervivientes dividía dos mundos opuestos: la oscura sala metálica plagada de cables, tubos y luces, y una extensa pradera de un verde luminoso que lindaba a escasos quince metros con un bosque de gruesos árboles apretujados entre sí.

—¿Y el resto de la nave? —preguntó con un chillido un corpulento tripulante que decía estar en Alimentación y Recursos.

—¿Nos hemos estrellado?

—No, no puede ser... —murmuró Capitán como respuesta, todavía tumbado en el suelo—. Es imposible. La sala de suspensión está en el centro. No podemos... tendríamos que ver el resto... o los restos...

—Hubiéramos explotado —afirmó con seguridad el tripulante de complexión atlética que se identificó como Ingeniería.

—Es imposible...

Capitán se levantó con dificultad, dejó a sus compañeros debatiendo la perplejidad que los invadía y rodeó la estructura circular de la que habían salido. Al llegar al punto de inicio, sus compañeros le observaban atentamente.

—¿Y bien? —pregunto Navegante—. ¿Has encontrado el bar? No me importaría regarme en cerveza.

Capitán negó con la cabeza.

—Señor —inquirió Ingeniero con voz ligeramente nerviosa—, ¿hay más restos?

—El módulo del que hemos salido está completamente intacto. Ni una mancha, ni un cable pelado... Alrededor sólo hay bosque, y ningún rastro que indique que no hemos

sido depositados con delicadeza en este claro.

—¡Pero eso es imposible! —chilló Alimentación y Recursos, con voz más aguda de lo normal; la papada osciló frenéticamente.

—Ya, claro —bufó Piloto—. Como si en los sueños hubiese algo imposible. Lo que me pregunto —añadió mirando alrededor más para sí que para el resto de tripulantes— es cómo despertaré.

—¿Se pueden compartir sueños en suspensión? —preguntó Soporte Vital con interés.

Una nueva algarabía nació del grupo de supervivientes. Las teorías imposibles, los argumentos a favor y en contra del sueño y las inspecciones del módulo se fueron alternando sin orden ni concierto.

Mientras, Capitán realizaba un esfuerzo enorme intentando encontrar sentido alguno a todo lo que estaba pasando. Escrutó los árboles que rodeaban el claro sopesando la posibilidad de escalarlos y hacerse con una idea más general del lugar donde se hallaban, pero los troncos eran lisos y demasiado gruesos. Desnudó el módulo con la mirada pensando en algún instrumento que les pudiese servir de utilidad, pero sin el resto de la nave, no era más que un pequeño dispensador de humanos. Cansado, alzó la vista al cielo en busca del sol. Entonces, la sangre se le heló. Bajó lentamente la vista en línea recta hasta las copas de los árboles. Giró en redondo y descubrió en la lejanía lo que en un primer momento se le había escapado.

—Decidme que estoy loco, por favor —murmuró Capitán mientras devolvía la vista al cielo.

Los tripulantes miraron a su capitán con preocupación y, poco a poco, siguieron la línea de su mirada. Entonces lo vieron: difuminadas por la lejanía, unas líneas rectas que formaban trazos geométricos se alzaban desde el horizonte hasta el cielo. A intervalos regulares, lo que parecían gruesas estructuras metálicas surgían en línea recta para

unirse en un punto del cielo oculto tras la claridad, justo sobre sus cabezas.

—¡Cristo apedreado!

—¿Eso es...?

—¿Estamos...?

—No existen estructuras tan grandes —comentó Ingeniero con falsa tranquilidad.

—¡Ah, claro! —exclamó Piloto con naturalidad—. No va a ser un sueño. Va a ser una pesadilla.

—¡Encerrados! ¡Encerrados como cerdos en una cúpula gigantesca! —chilló Alimentación y Recursos, sacudiendo su flácido cuerpo con puro terror—. ¡Vamos a morir!

—¿Capitán? —preguntó Soporte Vital con un hilo de voz, esperando que otros tomaran las decisiones.

Tras unos minutos en los que Capitán se debatió entre estar viviendo un sueño y estar contemplando algo imposible, su formación tomó el control y decidió que no podía preocuparse por cuestiones fuera de su poder, al menos de momento. Miró al bosque y asintió con seguridad.

—No podemos quedarnos aquí —aseguró Capitán con voz de capitán—. No tenemos comida, ni agua, ni sabemos dónde estamos ni por qué. Debemos cruzar el bosque.

—¡Nos matarán! ¡Alguien nos ha metido aquí para matarnos! ¡¡Para cazarnos!! —chilló Alimentación y Recursos con su voz aguda.

—Tranquilízate y aleja esos pensamientos de ti —ordenó Capitán—. Tenemos que hacerlo. Si de verdad estamos en una... en algo artificial, tiene que haber una salida, y seguro que no está aquí.

—Cuando se quiere salir de una pesadilla, lo mejor es encarar a la muerte cuanto antes —comentó Piloto como si recitara una lección del colegio—. Siempre se despierta antes de morir.

Todas las cabezas se giraron hacia Piloto. Éste, al ver cómo lo miraban, se encogió de hombros, se cruzó de brazos y sonrió débilmente, mirando al capitán.

—De momento trabajaremos con la hipótesis de que esto no es un sueño —dijo Capitán con toda la serenidad que fue capaz reunir—. Así que hagamos lo único que podemos hacer. —Y sin esperar a más objeciones ni locuras, se encaminó hacia el oscuro bosque de gruesos árboles apiñados.

No habían recorrido más de veinte metros en silencio cuando Capitán se detuvo de golpe. Al principio, el resto de los tripulantes no supieron el motivo de la parada, pero unos segundos más tarde lo vieron. Lo que parecían animales enormes se movían con una velocidad endiablada alrededor de ellos, en silencio, apareciendo y desapareciendo, mostrándose como gigantescos tiznajos negros de un pintor enajenado.

—¡Cristo en...!

Unos sonidos aterradores interrumpieron la exclamación. Parecían una mezcla de gruñidos graves, llantos agudos y chasquidos frenéticos.

—¡No os separéis! —gritó Capitán—. Debemos volver al módulo lo más... ¡¡No!!

Capitán había ido girando conforme lanzaba las órdenes, dispuesto a salir corriendo a la seguridad del claro. Al hacerlo, contra la claridad que se filtraba entre los árboles, vio como una de las criaturas que les acechaba se abalanzaba sobre Alimentación y Recursos, que se había retrasado por su corpulencia, y se lo llevaba al resguardo de la oscuridad del bosque.

—Se ve que es su sueño, porque lo han cazado, como él dijo —señaló Piloto con una sonrisa enajenada.

Con los agudos gritos de Alimentación y Recursos de fondo, el resto de tripulantes observó con espanto como las criaturas cerraban el camino de vuelta al módulo. Seguían siendo no más que tiznajos en la oscuridad, pero de vez en cuando uno de ellos se detenía lo suficiente como para ver un pelaje denso y grueso, con púas de diferentes

grosos saliendo de él. Los chasquidos se intensificaron.

—¡¡Corred!!

Los tripulantes no se hicieron de rogar y siguieron al líder. Capitán corría sin mirar atrás, en dirección contraria al claro, escuchando con profundo pavor como los ruidos de aquellas criaturas se iban acercando. Al poco tiempo, una claridad se comenzó a intuir entre los apretados árboles del bosque. Unas zancadas más, y la claridad se tornó en un muro de luz brillante. El bosque terminaba como había empezado: de golpe.

—¡¡Vamos!! ¡¡Estamos casi fuera!!

Capitán intentó infundir seguridad a sus gritos, pero ni él mismo se creía que fuesen a salir de aquella situación con vida. ¿Cuántos habrían caído ya? ¿Quién, aparte de Alimentación y Recursos, era el más lento de todos? A escasos veinte metros de la salida, la certeza le golpeó con sarna. *No vamos a conseguirlo. Vamos a morir todos. Cuando me queden dos pasos, una afilada garra me desgarrará la espalda, y mi cuerpo será arrastrado al interior del bosque.*

Capitán abandonó la oscuridad de los árboles, corrió unos pocos metros más tapándose los ojos con un brazo y cayó al suelo, exhausto. Al instante, varios cuerpos más cayeron a su lado resollando como caballos de carrera. Esperó la certeza del fin.

Nada ocurrió.

Capitán separó un poco el brazo que protegía sus ojos de la intensa claridad y fue acostumbrando sus pupilas a la nueva iluminación. Esperó de nuevo, pero esta vez sin la seguridad de morir en cualquier instante; quizás lo habían conseguido. Apartó el brazo de su cara y un cielo de azul puro lo saludó. Giró la cabeza a uno y otro lado y vio figuras que gemían, se tapaban los ojos con las manos o lloraban, excepto Piloto, que estaba de pie, mirando al bosque y sonriendo, con el pecho subiéndole y bajándole como un fuelle.

—¡Que cabrón! —exclamó al ver que su capitán le miraba—. El sueño del gordo casi nos mata, ¿eh?

—No estamos en el sueño de nadie, maldito Piloto —rugió Capitán—, así que cierra la boca de una vez.

Capitán se incorporó y miró al bosque. Amparadas por los árboles, las criaturas seguían dejando su efímera impronta borrosa en la oscuridad del bosque. Poco a poco, el número de gruñidos y chasquidos fue decreciendo, al igual que el de los tiznajos. Al final, la calma retornó al bosque de gruesos y apretados árboles.

—No deberíamos haber dejado el claro —comentó con voz funesta Ingeniero.

Los tripulantes observaron a su compañero y siguieron la línea de su visión, opuesta al bosque. Ante ellos, un desierto de roca y dunas se extendía unos cientos de metros. Al final, una colina de grandes bloques de piedra luchaba por ser montaña.

—Esto es imposible.

—¿Alguien ha soñado que nos estudiaban?

—¿Y el de la nariz rota? ¿Y el navegante?

Capitán miró alrededor y comprobó que sólo cuatro de los seis tripulantes que habían despertado en el módulo habían conseguido salir del bosque: el alto y delgado Soporte Vital, el pequeño Piloto, el atlético Ingeniero y él mismo. Todos miraron al bosque que tenían a sus espaldas y bajaron las miradas con gesto serio. Alguno de ellos murmuró algo y nadie dijo nada más al respecto.

—Tenemos que subir a esa montaña y ver dónde demonios estamos y qué está pasando —ordenó Capitán con toda la calma que fue capaz de reunir.

Nadie respondió. Todos obedecieron.

Al internarse en el desierto pedregoso salpicado de dunas, los tripulantes supervivientes alternaban el recuerdo del bosque oscuro con el temor a las bestias que seguro morarían en las dunas, bajo ellas, o enterradas en cavernas y túneles horadados con fauces de miles de dientes bajo la cuarteada capa de tierra y piedra. Pero cruzaron los cientos de metros de terreno agreste sin ninguna dificultad, tan solo con el miedo a lo

desconocido y una prisa mal disimulada en los últimos metros.

—Esta pesadilla está decayendo un poco, ¿no os parece? —dijo Piloto no sin cierta alegría demente—. Yo me esperaba algún gusano de Herbert que nos mutilase y nos comiese.

—Déjalo ya, Piloto. Tus malditos comentarios no ayudan —increpó Capitán.

—¿Ayudar a qué? No pienso callarme. Ni siquiera sé si en verdad eres el capitán. Además —añadió Piloto mirando alrededor con ojos entrecerrados—, creo que es mi sueño. El gordo está muerto, ¿no? No podía ser el de él.

—¡El capitán te ha dado una orden! —gritó enfadado Ingeniero.

—Déjalo —le dijo Capitán al atlético tripulante—. Ha perdido el juicio.

—¡Y nos lo hará perder a nosotros si no se calla! —replicó Ingeniero.

—¿Y para qué diantres ibas a querer tener juicio en mi sueño? —preguntó Piloto con un tono ausente.

Capitán dejó a los tripulantes discutiendo al pie de la colina y comenzó a trepar por la ladera, agarrándose a los bloques de piedra, confiando en que la imagen de su capitán siguiendo un plan devolviera el sentido al irascible grupo. Pero los gritos fueron en aumento. Capitán suspiró y continuó trepando. Los gritos cesaron. Capitán se detuvo y miró hacia abajo.

—¡Basta ya! —gritó el capitán hacia abajo.

Empequeñecidos por la altura, Ingeniero y Piloto forcejeaban en un revoltijo de extremidades, polvo y maldiciones inteligibles. A unos metros, Soporte Vital observaba la escena con los ojos muy abiertos.

—¡Tú, el del soporte! —gritó Capitán al alto y delgado tripulante que se encontraba absorto con la pelea—. ¿Qué demonios haces ahí parado? ¿Es que quieres animarles?

Al escuchar el grito, Soporte Vital alzó la cabeza, contempló a su capitán plantado en medio de la ladera, giró de nuevo la vista a la pelea que se desarrollaba a sus pies y,

arrugando la frente, dio la espalda a sus compañeros y comenzó a trepar los bloques de piedra.

Capitán reanudó la marcha, seguro de que al ver a dos compañeros en marcha, los dos restantes dejarían de pelear y se les unirían. Unos pasos más arriba, un grito estremecedor le hizo volverse de nuevo. Capitán descolgó la mandíbula y suspiró con fuerza.

Abajo, en la estrecha franja de terreno que delimitaba el desierto de la colina, Ingeniero permanecía tumbado boca abajo, con la cabeza apuntando a las dunas. Tenía los brazos extendidos, y sus manos agarraban los antebrazos de Piloto. El rostro del pequeño tripulante gritaba de dolor. Sus ojos mostraban el terror de saber que no era un sueño lo que estaba viviendo, y que el dolor que sentía no precedía a un despertar, sino a la muerte. El tronco de Piloto estaba cubierto de sangre, y donde debería estar el ombligo y las entrañas, una boca circular de relucientes dientes agrandaba y reducía el radio de la circunferencia con una velocidad de vértigo, triturando sin dificultad tejidos, músculos, huesos y piedras que se colaban en el macabro festín. La boca circular pertenecía a un gusano que mostraba la mitad de su cuerpo, estando la otra mitad enterrada en el suelo, a unos cinco metros del borde del desierto.

—¡¡No!!

Capitán comenzó a descender con rapidez, pero tras varios segundos y decenas de latidos del corazón, se detuvo. El gusano había cerrado el círculo de dientes un poco más arriba del ombligo, perforando el tórax. Afirmó el mordisco, acomodó el cuerpo viscoso y, de un solo movimiento, se elevó en el aire con el cuerpo de Piloto entre las fauces, alcanzando una vertical perfecta y hundiéndose en el suelo del desierto, dejando tras de sí los sollozos de Ingeniero, sangre en abundancia y un silencio que oprimía el corazón.

Cuando Ingeniero se reunió con los dos restantes supervivientes del módulo de

suspensión, el rostro lo tenía surcado de sangre seca y tierra. Dos relucientes surcos marcaban el camino de las lágrimas. Capitán y Soporte Vital permanecían en silencio; el primero mirando al suelo, el segundo al cielo.

—No he podido hacer nada... —masculló Ingeniero.

—Lo sé —respondió Capitán con tono paternal.

—No nos peleábamos de verdad... Sólo... Ni siquiera nos lanzábamos puñetazos.

—No hubieras podido hacer nada.

—Pero si hubiésemos estado más atentos, en vez de...

—Recibido —interrumpió Soporte Vital.

Capitán e Ingeniero se giraron con los ceños fruncidos hacia su compañero. El alto y delgado tripulante seguía mirando al cielo. Bajó la cabeza lentamente, sonrió y, con un movimiento fugaz, cortó la garganta de Ingeniero con un cuchillo aparecido de la nada. Antes de que un segundo naciese y muriese, el pie de Soporte Vital impactó en el pecho de Ingeniero y lo lanzó colina abajo.

—¿Pero qué...?

Capitán no atinó a reaccionar. Su mente se esforzaba en decirle que el difunto Piloto tenía razón, y que aquello no era más que un sueño, una pesadilla. Aun así, su entrenada mente le obligó a apartar la vista del cuerpo que se despeñaba, mirar al que creía tripulante de su vuelo y retroceder a más de un brazo de distancia.

—Hemos terminado —dijo el tipo alto y delgado con tono jovial.

—¿Terminado? —atinó a decir Capitán.

—El experimento, por supuesto. Ya os conocemos lo suficiente. ¿Cómo habéis llegado tan lejos en la evolución tecnología? Es fascinante, con lo patéticos que sois como especie. Jamás hubiera pensado que una raza tan violenta e inestable con sus semejantes...

—¿Experimento? ¿Raza? —Capitán se dejó caer al suelo con la mente ausente,

perdida, lejos de aquella situación imposible de procesar—. ¿Pero qué...? ¿Cómo...?

—¿Ves? ¡A eso me refiero! —exclamó entusiasmado el tipo alto—. Al mínimo problema, vuestra mente se bloquea y se aleja, se evade en vez de afrontar la verdad con aplomo y tratar de sobrevivir de la manera más racional posible. ¿Cómo lo habéis conseguido?

—No... —Un silencio se extendió por la ladera de la montaña. Como si de un investigador se tratase, el tipo delgado contemplaba a Capitán con gran interés—. ¿Quién eres? ¿Qué hacemos aquí? ¿Qué es esto?

—Pura incoherencia. No pueden ni formular preguntas correctamente... —murmuró el tipo alto más para sí que para el hombre sentado en el suelo—. En fin, el tiempo apremia, y aquí no hay nada más que hacer —dijo con resolución, alzando la voz y ensanchando la sonrisa—. ¿Quieres intentar sobrevivir?

—Yo... No sé... La nave...

—No te veo muy resolutivo para emprender acciones evasivas —dijo el hombre de pie con el gesto torcido—. En fin, que sepas que nos has ayudado mucho. Sin tu tripulación, habríamos tardado el doble de tiempo en saber lo débiles que sois.

—¿Pero quiénes sois? —preguntó Capitán, cediendo a una curiosidad teñida de angustia—. ¿Qué hacéis?

—Oh, eso... Bueno... Yo no soy más que un robot de servicio, diseñado para asemejarme a vuestra raza, pero mis creadores son otra de las muchas razas que hay en el universo. Nos encontramos por casualidad con vuestra nave. Estabais todos suspendidos, salvo dos o tres que murieron por descompresión. Supongo que sería necesario para vuestra supervivencia, lo de la suspensión, pero que irresponsabilidad, la verdad. El universo está plagado de peligros.

—¿Nos encontrasteis?

—Mira, ya que eres incapaz de procesar correctamente tu lenguaje para facilitar

una conversación fluida y correcta, te agradecería que cerraras el pico, como decís vosotros —una imitación fallida de la risa surgió de aquel cuerpo artificial—. La verdad es que vuestra nave era una mina de información. No teníais nada protegido. ¿De verdad pensabais que erais los únicos habitantes de la galaxia?

—Nosotros...

—Conseguimos todos los datos necesarios de vuestros sistemas. Diferentes a los nuestros, sí, pero extremadamente básicos. Mientras, os seguíamos manteniendo en suspensión. Os necesitábamos para este experimento, para poder estar seguros.

—¿Seguros de qué? —La voz de Capitán recuperó cierto aplomo.

—¡Pues de qué va a ser! De que no suponías amenaza alguna.

—Jamás quisimos invadir otros planetas —apuntó Capitán con aire ofendido—. Nosotros sólo buscábamos...

—¿Invadir? ¿Vosotros? —De nuevo aquella risa falsa brotó de la garganta del robot—. No me hagas reír, que todavía no sé cómo. Queríamos estar seguros de que no ibais a ofrecer excesiva resistencia una vez ocupásemos vuestro planeta.

—¿Nuestro planeta? ¿Queréis invadirnos?

—Oh no, no queremos invadiros. —El robot imitó con soltura una expresión de regocijo—. Os estamos invadiendo.

Ante el gesto de perplejidad de Capitán, el robot alzó una mano y mostró una porción de cielo como quien muestra por primera vez una obra de arte de gran valor. El capitán alzó la vista y un escalofrío recorrió su cuerpo. En el azul puro de la bóveda, una fisura nació y creció, tomando forma rectangular y creando en el cielo una pantalla inmensa. En ella, la Tierra, parcialmente iluminada por el Sol, se veía desde cierta distancia. Naves de diferentes formas y tamaños se adelantaban en la imagen, dirección al planeta. La atmósfera estaba surcada por finas trazas de colores que indicaban la penetración de los primeros invasores en la atmósfera.

—Es una imagen a tiempo real —respondió el robot a la pregunta no formulada—. Es desde aquí, la nave nodriza. Estábamos tan seguros de vuestra debilidad que comenzamos la invasión antes de ejecutar el experimento.

Capitán giró el rostro hacia la máquina alta y delgada. Un calor animal le creció en el pecho. Endureció el gesto y escupió.

—Pelearnos —gruñó Capitán con rabia.

—Lo intentaréis, que no es lo mismo —replicó el robot con aquel tono de paternal paciencia.

Antes de que nada más pudiese suceder, el robot avanzó dos pasos y lanzó su brazo en un borrón apenas imperceptible. En la garganta de Capitán, una sonrisa roja se dibujó, se ensanchó y lloró.

Antes de que la vida abandonase su cuerpo, Capitán miró a la pantalla del cielo. En la parte oscurecida de la tierra, pequeños resplandores invitaban a evocar explosiones devastadoras. Un último pensamiento, una frase dicha hace poco, llenó su cabeza.

El universo está plagado de peligros.

FIN

Escrito por Juanje López en el planeta Tierra.